

## París-Madrid. ¿Funcionalismo o debilidad?

JESÚS VIÑUALES GONZÁLEZ

Aun no he ido a París desde las nuevas reformas miterranianas. Tendré que hacer un esfuerzo —ir a París no es nunca un esfuerzo, ya que bien vale una misa, aunque sea el actual— y ver con mis propios ojos lo que he leído y me cuentan.

Es claro que Miterrand, metido a urbanista continúa algunos aspectos de lo comenzado anteriormente por Guiscard, añadiendo otros nuevos y realizando la mayor parte. No es solo París, pues existen otras muchas obras en Francia del mismo tipo que denotarán el paso por la Presidencia del señor Miterrand. Pero París es la niña de sus ojos. «Un estadista o un gobernante debe saber arquitectura y urbanismo» mas o menos ha venido a decir Miterrand. El nuevo faraón, como se le llama, y no solo por la pirámide del Louvre, ha emprendido la tarea de dejar la impronta de su paso y de su ideología por el Eliseo, según dicen que ha declarado consciente de su responsabilidad. No he podido ver esta nueva cara de París directamente, aunque he podido leer y ver planos, proyectos, versiones, críticas, alabanzas, etc. La diversidad de opiniones en los escritos se afianza en las noticias que me traen los visionarios directos. Unos a favor, otros en contra. Nadie, casi nadie indiferente. Es algo que suele ocurrir en el mundo del arte. No es para preocuparse. Como ha dicho un crítico francés (de intento no voy a citar casi ningún nombre en este artículo, ya que se trata de simples reflexiones personales): «Pasado un tiempo, a todo el mundo le parecerá bien la discutida pirámide y la verán como un nuevo símbolo de la ciudad, como la torre Eiffel o como la rue Rivoli». Curiosamente he podido comprobar la veracidad de este aserto en muchas de las opiniones recogidas. Evidentemente esta simple apreciación sociológica ni quita ni pone nada, ya que el hombre es un animal de costumbres. Para muestra ahí están las pirámides de Egipto

que emocionan a turistas de todas las clases por su sola presencia. A las claras se nota que no pretendo entrar en discusiones estéticas. Vayamos a lo nuestro.

París en manos de Mitterrand, emocionado por la arquitectura, el arte por excelencia al que las demás artes sirven como «ancillae», y por el urbanismo, que resulta aun superior en la escala de valores de los políticos y de otros, no puede ya ser urbanizado totalmente, entre otras cosas porque el urbanismo total no existe (recuérdese el triste caso rumano actual) y porque el parcial puede resultar un «pegote» que otras generaciones se encargarán de deslindar, a menos que tal o cual artista haya acertado con algo entrañable que realmente se inserte en la comunidad de la polis. ¡Qué penosa impresión los pueblos urbanizados! ¡Qué monotonía tan sublime las ciudades planificadas! ¡Qué distorsión y qué aislamiento producen, por poner ejemplos patrios, el palacio de Machuca, la catedral de la Mezquita de Córdoba, etc.! No deben destruirse como algunos intentan vanamente. Ahí están, con su propio valor específico, y por otra parte como perenne y magnífica exposición de aprendizaje. Pero no siempre es así. De cuando en cuando se acierta. La Giralda de Sevilla, el cimborrio de Burgos, el Obradoiro de Santiago...

Los gobernantes metidos a arquitectos no suelen acertar, aunque el tiempo lime y la costumbre se ponga de su parte. Hoy los arqueólogos y los restauradores parece que lo van aprendiendo y suelen tener más cuidado. Mejor, aunque pueda perder el turismo complaciente. Se me puede contrarreplicar, ya lo creo, y posiblemente con razones importantes, pero como he dicho anteriormente, quiero eludir la discusión estética.

El caso es que lo realizado en París parece que quiere tener sus espejismos en Madrid. También nuestra ciudad ha sufrido numerosos cambios. Unos se han quedado en proyectos, otros se han cumplido, otros se perfilan en el horizonte madrileño, con la diferencia, entre otras, de que aquí no hay una cabeza visible tan importante como la francesa, políticamente hablando. Ahí tenemos el Auditorium, la Estación de Atocha, la plaza de la Remonta, el complejo Azca, los nuevos palacios-banco, la nueva Mezquita y, para terminar una lista casi interminable, las viviendas de la M-30 (Oiza) que parecen al exterior sacadas del *Satiricón* de Passolini.

De intento cito formas, funciones, estilos diferentes para que no se me acuse de proclive. Tampoco se puede pasar por alto por lo que se refiere a edificios con menos aspiración, a una serie muy nutrida que pueden verse por todo el país, pero que abundan en la capital. Se reconocen enseguida con sus arcos de medio punto en cualquier punto, incluso peraltados en cualquier peralte, sus frontones en los «frontis» o donde se pueda, normal-

mente «achaparrados» y para que no falte lo barroco, partidos, en muchas ocasiones; arcos escarzanos en vanos tan inverosímiles que se supone hacen labor de tirantes o chambranas; ventanales corridos de abajo arriba (y digo bien, ya que se cierran en arco en los últimos pisos); pilares con alguna que otra basa y hasta con capitel, bien que solo insinuado; alternancia de colores y de materiales donde convenga y cerramientos de vidrio o materiales similares transparentes a dos o cuatro aguas las mas de las veces, aunque no faltan bóvedas de cañón transparentes, óculos por aquí y allá y alguna piedra pómez de las canteras locales, por mor del regionalismo, en las enjutas. A todo esto, y aun se podrían añadir otros cuantos detalles, creo que lo quieren llamar «citas».

Me refiero a citas plásticas pues no deseo entrar en las citas literarias ya que sobre ellas han recomendado muchos y afamados artistas-arquitectos (Eisenman, por ejemplo), bien que en nuestro país no hace falta recurrir a prestigiosos artistas pues parece que los «talleres» funcionan de acuerdo y en serie. ¿Nos extrañaremos, pues, de las faraónicas obras parisinas? ¿Nos extrañaremos de la uniformidad imperante, salvo en contadas ocasiones? ¿Nos extrañaremos de que en comparación con la nación vecina salgamos perdiendo? Voces hay, sin embargo, que defienden que aquí se puede hacer algo todavía. Los faraones no han llegado. La idiosincrasia hispana puede sujetar un tanto esta avalancha de monotonía.

Para estar al tanto de cómo andan las cosas en esto de la arquitectura y urbanismo se han reunido este verano en El Escorial unos cuantos maestros en debates y conferencias muy actuales sobre el tema. No los cito porque sus nombres han aparecido en muchos folletos, programas, periódicos, revistas, etc., y no quiero olvidarme de alguno. Allí han añadido a lo que hace poco se llamó «Arquitectura débil», ya bastante compleja de por sí como se deduce de sus propósitos: retorno a la pureza de los orígenes, condición decorativa, negación de la esencialidad, recuerdo como monumento, exilio de la iconografía, de la artesanía o de lo angélico (así lo llaman. Dalí podría subrayar: arcangélico), decimos que han añadido a la «Arquitectura análoga», activa, viva, comprometida con su tiempo, con lo local, las tradiciones; con lo popular y social, con la aceptación de «citas clásicas» (de los años 40-50), de formas convencionales y simples, con alguna concesión a lo «poético» y por supuesto anteponiendo el dibujo a la construtividad (no se si recojo, en parte al menos, lo que se puede entender por análoga, ya que confieso que este término aristotélico-tomista merece un estudio en profundidad no realizado hasta el momento que yo sepa); o bien completando otras propuestas entre cuyas virtudes está la ambigüedad de equilibrar el apartamiento

de lo histórico y lo contemporáneo a la vez; la ausencia de programas o procesos constructivos, o de valores tradicionales con la utilización de recursos y organismos naturales, la advocación de textos literarios o de fragmentos o ficciones, o dispersiones e incertidumbres (como ruinas, entornos, paisajes) y la superposición de leyes formales totalmente geometrizarantes a colores, estructuras y texturas orgánicas (¿tendremos que volver a Wrigh?) estos expertos del 89 han propuesto la arquitectura de las «tentativas», de la «modificación» o de la «desolación» en cuanto que carece de suelo firme (perfecta la expresión y verificable), decorativa y sin ninguna alternativa, puesto que no desafía al tiempo y por ende se constituye en verdaderamente «efímera» (también verificable). Lo decorativo se reduce a seguir las reglas convencionales, pero como no se indican cuales pueden ser, suponemos que se refieren a los frontones, a los arquillos ciegos, a los óculos.

Pero han hablado más y han definido la arquitectura de nuestro tiempo y del que se nos viene como antimonumental y antinostálgica, lo que no empece para que se hagan leves concesiones a los detalles «emotivos» ¿Se referirán por un acaso, al haz de luz de la torre Picasso de Madrid que cual espada angélica transpasa la noche sin luna madrileña? ¿O la emoción de no encontrar el tren que se necesita en la estación de Atocha? ¿O la lindeza de mirar por una ventana de herradura el jardín de Daraxa de la M-30?

Esto se ha dicho en El Escorial y supongo, con buena voluntad, que algunas cosas más, y más serias y más profundas. Pero a mí me ha llegado el eco y por supuesto lo que veo a mi alrededor. Y lo que veo no me termina de convencer, de donde deduzco que el eco debe ser verdadero simulacro de lo que se está haciendo y diciendo. Para este camino no hace falta alforjas. Prefiero quedarme con los clásicos (Le Corbusier, Wrigh, Van der Rohe, Gropius, etc.). Mientras no haya nada nuevo de interés, que sepa ordenar artísticamente la ciudad, que consiga hacer más habitable la vivienda humana, que sepa distribuir espacios en la complejidad de la villas modernas con sus múltiples quehaceres de todo tipo, trabajo, ocio, profesión, diversión, servicios, etc., se debe respetar lo poco o mucho que se haya hecho. Lo demás son ensayos. Mientras, hay que estudiar, trabajar, investigar, en silencio, en paz, en compromiso, en equipo, en libertad. Reconozco que existen muchas tentaciones ante un mundo que se renueva, ante necesidades de todo tipo que surgen por doquier, ante el descuido de políticas precedentes. Pero recomiendo cuidado. Un artista que no adelanta, atrasa. Y si no se tiene capacidad de adelantar lo mejor es tener conciencia de ello y quedarse en copista, que si se hace honradamente, siempre es mejor. Al menos en el terreno

que nos ocupa. Si nuestros arquitectos actuales no tienen imaginación no es sólo culpa de ellos. Es de toda la sociedad, especialmente de los poderes económicos y políticos. Pero los arquitectos caen en la trampa, y esto es de su cuenta. Por ejemplo se permiten el lujo de criticar a Gaudí del que sólo copian lo peor. Todo el mundo sabe lo difícil que resulta habitar una vivienda gaudiana y lo que lo han padecido mejor que nadie. Pero ¿Cómo se oye en el Auditorium Nacional de Madrid, cómo se toma un tren en Atocha o cómo se utilizan los servicios, o cómo se vive en las viviendas de la M-30? El tiempo lo dirá y lo está diciendo. Lo peor de Gaudí es lo que se nos ofrece. No pretendo defender a este artista. Estoy comprometido con mi tiempo que no es el suyo. No tengo ningún interés en que continúen sus obras inacabadas. Ahí están y basta.

Aún me queda algo por decir al respecto y bueno, para que no todo sean críticas. Me refiero al concepto de «arqueología» que también sale a relucir en las conversaciones de última hora sobre arquitectura y urbanismo. No me atrevería a dar pautas, pero, puesto que son los mismos arquitectos los que han sacado este término a la palestra, lo recojo, y creo que para bien del arte de nuestro tiempo, aun a riesgo de equivocarme, como cuando se toma partido. El método arqueológico, que procede por hallazgos, me parece uno de los más interesantes que se nos presentan para el futuro arquitectónico. Exige, sin embargo, mucho cuidado, buena formación, espíritu de trabajo, seriedad, cientifismo claro, sencillez y humildad extremas. Y además otras virtudes tanto humanas como intelectuales, que pudieran parecer contradictorias como intuición, confianza, experiencia, etc. Algo parecido a lo que le llevará a Miguel Ángel a declarar respecto a la cúpula vaticana «per que io lo sento cosí». No todos debemos sentirlo así. No sería bueno ni verdadero. Pero hay que dejar a los que lo sienten que lo sientan y que lo demuestren.

Miterrand no es un faraón, pero tampoco un artista. París no tiene por qué ser Egipto. Madrid no es un Egipto más pobre o provinciano. Tampoco tiene que parecerse a ninguna otra ciudad. Menos aun tiene que aceptar la uniformidad nueva tan simple como otras más clásicas, y que han valido críticas sin cuento.

De cualquier manera los que escribimos sobre arte tendríamos que ponernos ante un tablero, un lienzo o un bloc de dibujo para comprender lo difícil que resulta renovar la visión plástica del mundo. Todo lo anterior son reflexiones en voz alta, con algún fundamento «in re». Pido perdón por mi atrevimiento. Al fin y al cabo la arquitectura actual es (me aproximo bastante a la propia definición de los entendidos) «divertida», en el sentido etimológico de la palabra.

## BIBLIOGRAFÍA

Para Madrid: *Madrid, Proyecto, Madrid, 1983-1987*, publicaciones del Ayuntamiento de Madrid.

Para París: F. CHASLIN, *Les Paris de F. Miterrand*, Paris, Gallimard, 1985.

Para arquitectura actual la bibliografía es muy amplia. Citamos solamente algunos más generales y conocidos:

B. ZEVI, *Historia de la arquitectura moderna*, Barcelona 1980.

R. VENTURI, *Complejidad y contradicción en la arquitectura*, Barcelona 1974.

CH. JENCKS, *El lenguaje de la arquitectura posmoderna*, Barcelona 1980.

P. PORTOGHESI, *Después de la arquitectura postmoderna*, Barcelona 1983.

Sobre métodos arqueológicos: Revista *A Distancia*, junio 1989, UNED.

Para terminología actual ver un Diccionario de términos artísticos y especialmente los siguientes: Debate, Cita, Discurso, Propuesta.

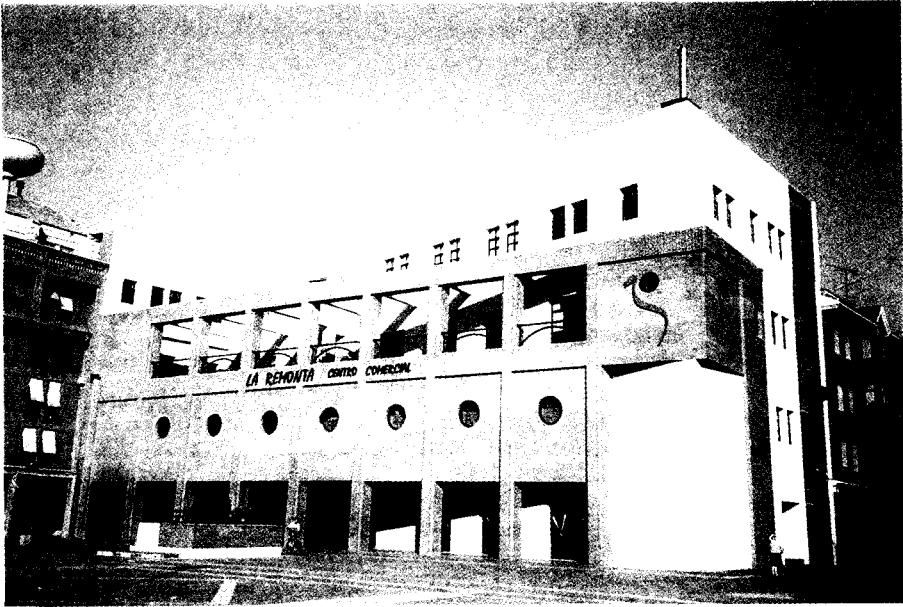


Fig. 1. «Oculus» de La Remonta.

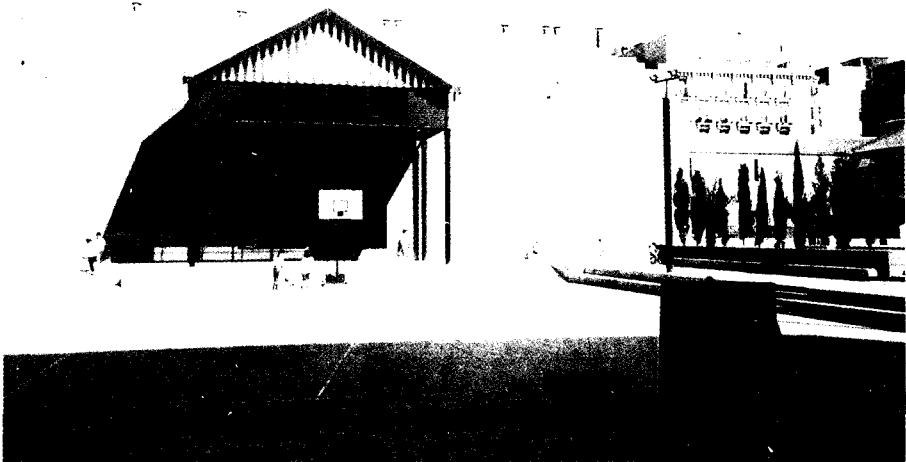


Fig. 2. «Frontón y antis» (calle Blasco de Garay).

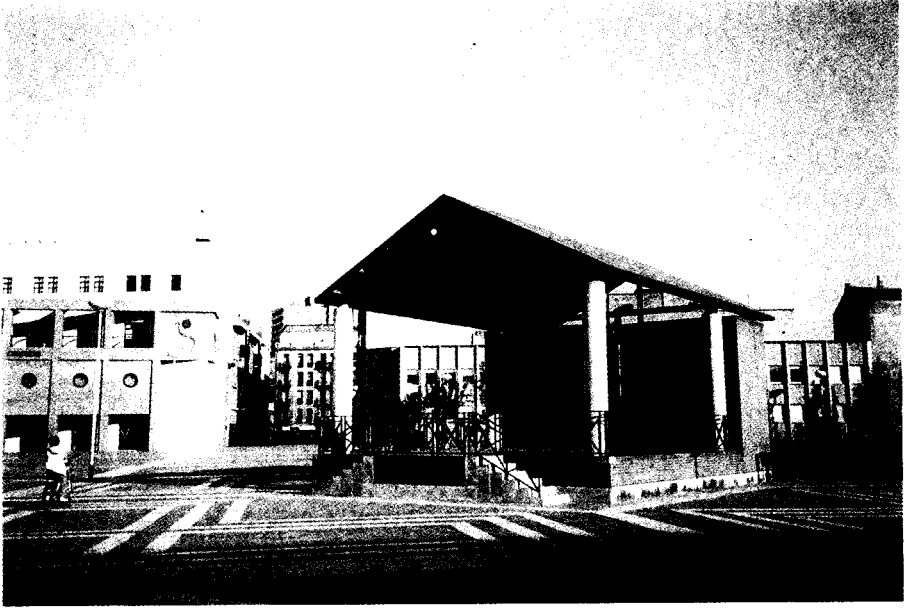


Fig. 3. «Templete» La Remonta.



Fig. 4. «Almenas» (avenida del Mediterráneo).





Fig. 5. «Califales» mirando la M-30.

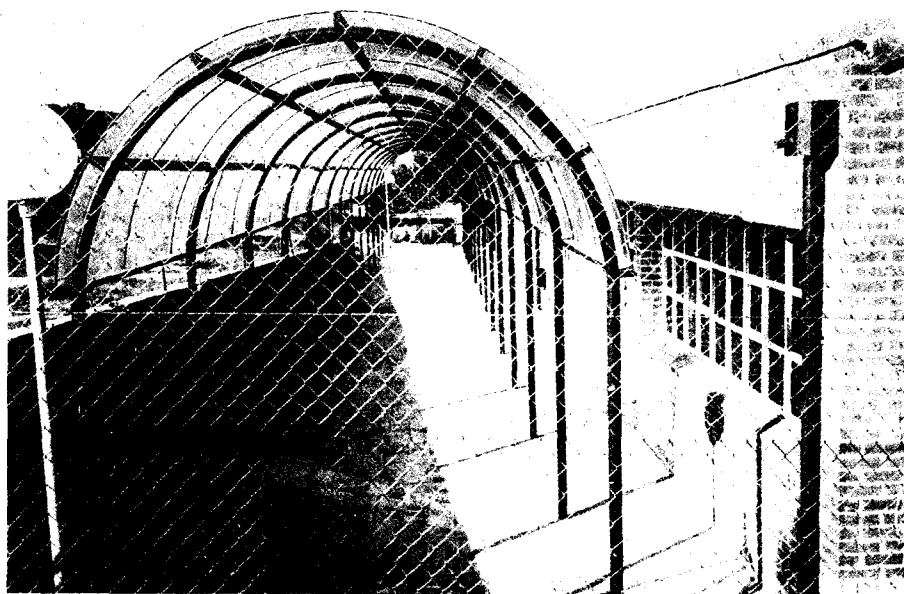


Fig. 6. «Bóveda de cañón transparente con arcos fajones» (Colegio de Alcobendas y miles más).



Fig. 7. «Arco volado y escalonado» (calle Rodríguez San Pedro).

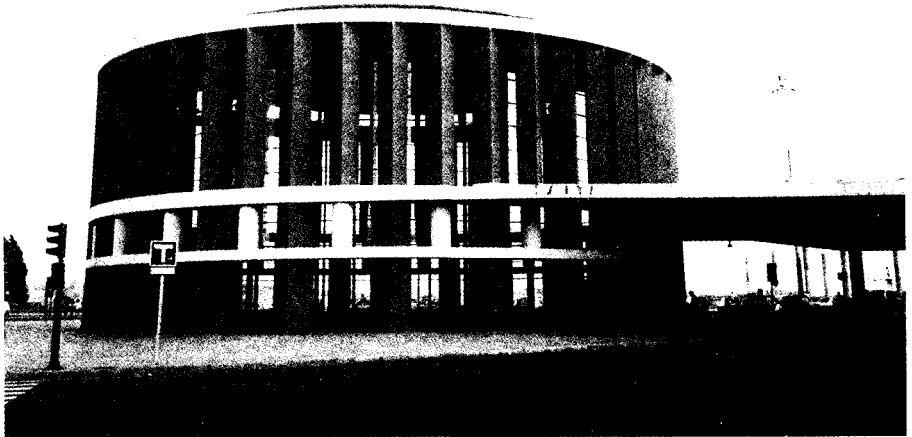


Fig. 8. «Distribuidor de personal» (Atocha. Función similar a la pirámide del Louvre).

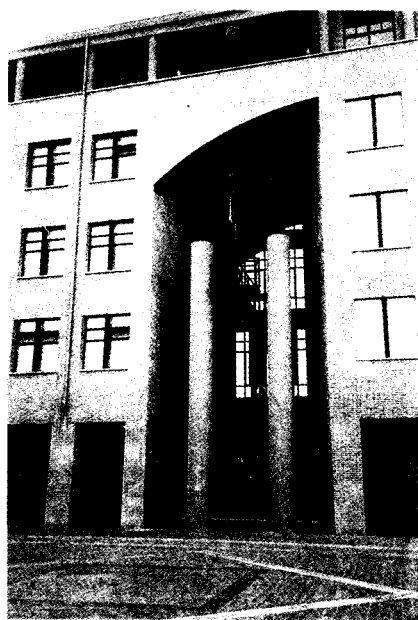


Fig. 9. «Arco rampante» (La Remonta).



Fig. 10. «La colmena» de la M-30.

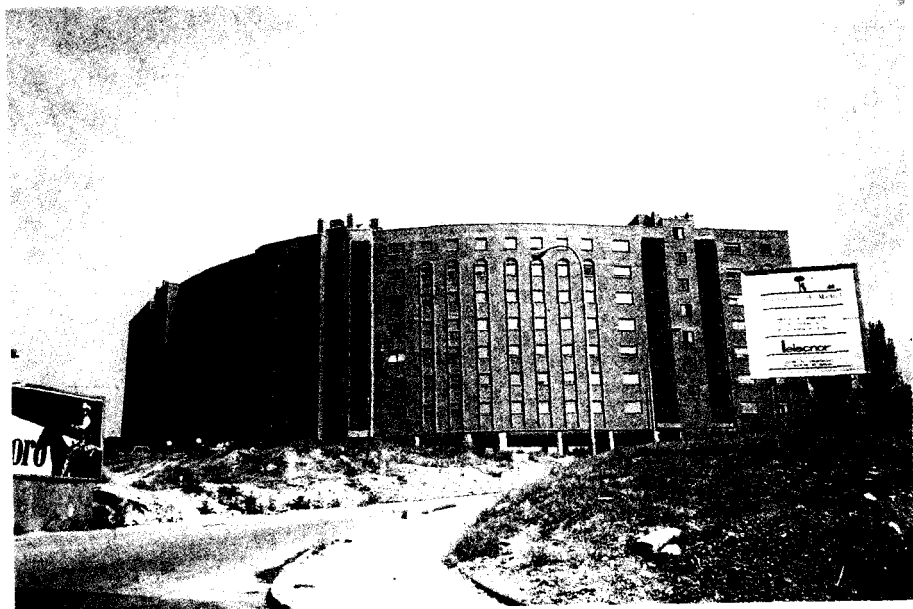


Fig. 11. «Encuadres verticales cerrados en medio punto» M-30



Fig. 12. «Mansardas disimuladas con tablero» (La Remonta).